

En ciertas ocasiones se convierten en obstáculo para una auténtica sociabilidad

Los medios de comunicación son instrumentos muy valiosos para desarrollar nuestra natural sociabilidad: nos permiten seguir en contacto con personas lejanas, conocer nuevas realidades, abarcar campos del saber a los que, sin ellos, quizá nunca habríamos llegado. Podemos afirmar que estos instrumentos derriban barreras: barreras espacio-temporales, barreras culturales.

Sin embargo, puede que esos mismos instrumentos que deberían ayudarnos a comunicar, en ciertas ocasiones se conviertan en obstáculo para una auténtica comunicación.

Por la agregación al aislamiento

Libros, radio, TV, ordenadores, teléfonos, *videogames*, tabletas, son instrumentos que, si son usados correctamente, favorecen la unión, el compartir. Sin embargo, pueden producir exactamente el efecto opuesto... incluso pueden ser causa de aislamiento.

¿Quién no ha visto alguna vez un grupo de chicos en una fiesta, en la plaza o en un restaurante, todos juntos, pero cada uno por su cuenta, solos con sus celulares?

¿Cuántos niños pasan sus días encerrados en casa, ante la tv, con un ordenador o la *Playstation*, en lugar de jugar con otros niños?

Y ¿quién de nosotros, viendo un hermoso paisaje o un monumento, no ha pensado en fotografiarlo inmediatamente (y publicarlo en las redes sociales), en lugar de contemplarlo y compartir sensaciones y pensamientos con la persona que tenemos al lado?

Son sólo ejemplos de cómo unos instrumentos pensados para relacionarnos con los demás pueden, al contrario, alejarnos de ellos.

Las "barreras" creadas por el celular

Uno de los instrumentos que en la vida cotidiana puede “crear barreras” entre nosotros y los que están a nuestro lado es el teléfono móvil.

No se trata de hacer aquí una diatriba contra el *smartphone*, pero conviene recordar que el riesgo de la dependencia está siempre en acecho.

Baste pensar que, como media, empezamos a utilizar el *smartphone* a las 7:23 de la mañana y terminamos a las 23:21 de la noche, y pasamos casi 3 horas al día pendientes del aparatito. Esta media diaria, multiplicada por los siete días de la semana, supone casi 24 horas. En práctica es como si pasáramos una jornada entera a la semana relacionándonos únicamente con nuestro teléfono (léase en este sentido nuestro [artículo](#), que aborda este tema).

Recientes [estudios](#) confirman que la dependencia del celular es ya un fenómeno muy extendido en los países avanzados, independientemente de edad, sexo y condición social: en lugar de ser un instrumento que ayuda a vivir la relación con los otros, se convierte en un instrumento de gestión de nuestras relaciones. De este modo es posible sustituir la “comunicación real” por la comunicación a través de teléfono... el instrumento técnico toma el control y se sustituye a la realidad.

Si la sencillez de los niños puede devolvernos a la realidad

Mi hijo, más que cualquier estudio sobre el tema, me demostró cómo a veces ciertos instrumentos se convierten en obstáculo a una auténtica comunicación.

Con su espontaneidad (tiene pocos meses), me hizo comprender que estaba viviendo mal mi relación con la tecnología.

Hace poco tiempo, como cualquier recién nacido, empezó a darme sus primeras sonrisas: un espectáculo maravilloso.

Y yo, en lugar de saborear sus deliciosas muecas, lo primero que pensé fue agarrar el celular, para fotografiarlo y así immortalizar ese momento.

Pero cuando mi hijo, en vez de su mamá, se encontró con el *smartphone*, dejó de sonreír inmediatamente.

"¿Ya no ríes, cariño?", le pregunté, mirándolo. Él, entonces, de nuevo se echó a reír.

Retomé el celular y volví a intentar fotografiarlo.

Y una vez más, delante de mi *smartphone*, dejó de sonreír.

En ese momento comprendí una verdad en absoluto descontada (sobre todo en una era como la nuestra, en la que, a menudo, nos convertimos en víctimas del fanatismo de "compartir información en tiempo real"): él quería sonreírme a mí, a su mamá, en carne y hueso.

Sonreía porque me veía, porque yo le daba seguridad. Sonreía para mí, a mí, y dejaba de tener motivo para demostrar alegría y asombro si en mi lugar se encontraba con un instrumento sin vida.

El celular (¡utilísimos para muchísimas cosas!), en ese momento se había convertido en un obstáculo entre él y yo, se interponía entre su rostro y mi rostro, hacía menos auténtica nuestra comunicación.

Más que nunca en aquella ocasión, entendí que a veces hay que dejar el *smartphone* en el bolsillo y disfrutar de la sonrisa de quien tenemos al lado.

Cecilia Galatolo, en familyandmedia.eu.